

5º D. CUARESMA. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 11,1-45.

En aquel tiempo un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo.

Las hermanas le mandaron recado a Jesús, diciendo: -Señor, tu amigo está enfermo.

Jesús, al oírlo, dijo: -Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba.

Sólo entonces dice a sus discípulos: -Vamos otra vez a Judea.

[Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: -Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.

Jesús le dijo: -Tu hermano resucitará.

Marta respondió: -Sé que resucitará en la resurrección del último día.

Jesús le dice: -Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?

Ella le contestó: -Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.

Jesús, muy conmovido preguntó: -¿Dónde lo habéis enterrado?

Le contestaron: -Señor, ven a verlo.

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: -¿Cómo lo quería!

Pero algunos dijeron: -Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?

Jesús, sollozando de nuevo, llegó a la tumba. (Era una cavidad cubierta con una losa.) Dijo Jesús: -Quitad la losa.

Marta, la hermana del muerto, le dijo: -Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.

Jesús le dijo: -¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?

Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: -Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado.

Y dicho esto, gritó con voz potente: -Lázaro, ven afuera.

El muerto salió, los pies y manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

Jesús les dijo: -Desatadlo y dejadlo andar.

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

“YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA”

¿CREEMOS EN ESTO?

Los hombres escuchamos únicamente aquello que nos cuadra, aquello que encaja en nuestra racionalidad, aquello que es acorde con nuestras ideas, convicciones y prejuicios pero sin contradecir nuestros intereses. Sin embargo la palabra de Dios, por ser de Dios y no del hombre, no se deja manejar tan fácilmente. He aquí, pues, las palabras de Jesús a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”

La muerte de la que habla Jesús no se ciñe únicamente a lo que sucede al final de la vida, sino que para Jesús la muerte es todo aquello que pone fin a la vida desde el principio, todo aquello que nos impide vivir según lo mejor que tenemos en nuestro corazón, nuestras ansias de libertad, nuestros deseos de justicia, nuestros sentimientos de

solidaridad, en definitiva, toda nuestra capacidad de amar, amarnos a nosotros mismos y a nuestros semejantes.

Sin embargo muchos creen únicamente en la muerte física. Dicen no creer en nada más. Se huye de pensar en la muerte y se vive como si fuéramos eternos. Ya se sabe que es un engaño pero...Muchos viven, pues, sin esperanza alguna.

Sin embargo, en cualquier momento tenemos que enfrentarnos a ese final inevitable y descubrimos la fragilidad de nuestra vida y nuestros enormes deseos de vivir. La angustia hacia la muerte es la constatación de haber vivido muertos para la Vida, de haber vivido sin esperanza alguna.

En cambio, si creemos que la vida no se acaba, si creemos que el paso por la vida no puede ser un camino sin salida, con la muerte al fondo, si creemos que la vida terrena no puede vivirse de cualquier manera, si creemos que la vida es una búsqueda de Dios, un tránsito hacia Dios y si, por último, creemos que Jesús es el camino hacia Dios y vivimos la vida conforme Él nos ha enseñado, no es difícil comprender que esa vida no sólo tiene mucho sentido sino que además merece la pena vivirla.

La mayor libertad comienza cuando es posible perder el miedo a la muerte porque se cree en Alguien que la supera y la relativiza. Entonces, frente a la muerte, no cabe s angustia alguna.

Los que son capaces de comprender que Vivir es dar la vida, sin pretender recibir nada a cambio; al igual que le ocurrió a Lázaro, salen ya de los sepulcros y comienzan a vivir como resucitados. Nada ni nadie puede acabar con su esperanza, con la esperanza que Jesús ha puesto en pie contra la muerte.



La fe en la resurrección no es la creencia de una vida como ésta, prolongada indefinidamente. Es la fe en la plenitud de la Vida, es la fe en el Reino de Dios. Es, pues, una fe activa y en lucha contra lo que se opone a la Vida y a la abundancia de la vida para todos.

Por eso han de ser una fe y una esperanza empeñadas en la transformación profunda de nuestra sociedad para que en ella habite la justicia, la solidaridad y la paz y se manifieste la gloria de Dios.

Tomar conciencia del sentido auténtico de la Vida, de la Vida que Jesús propone, es el triunfo sobre la muerte, tal como Jesús lo experimentó en su camino hacia la Pascua. ¡Que acertemos a ver el camino de Jesús, pues Él es la Resurrección y la Vida!

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

6 de abril de 2014